



VENID A ADORARLE

FEBRERO 2014



MISIÓN MADRID

Congregado el pueblo, que puede entonar algún canto, si se juzga oportuno, el ministro se acerca al altar. Si el Sacramento no se conserva en el altar en que se va a tener la exposición, el ministro, cubierto con el paño de hombros, lo traslada desde el lugar de la reserva, acompañándole algún ayudante o algunos fieles con cirios encendidos. Expuesto el santísimo Sacramento, si se emplea la custodia, el ministro incienso al Sacramento.

1. Canto para la Exposición

*Oh luz gozosa
de la santa gloria del Padre celeste inmortal, santo y feliz Jesucristo.*

*1.- Al llegar el ocaso del sol, contemplando la luz de la tarde,
cantamos al Padre y al Hijo y al Espíritu de Dios.*

*2.- Tú eres digno de ser alabado siempre por santas voces.
Hijo de Dios, que nos diste la vida, el mundo entero te glorificará.*

2. Lectura de un texto bíblico

Del evangelio según san Mateo

Mt 5,13-16

En aquel tiempo, dijo Jesús a sus discípulos:

—«Vosotros sois la sal de la tierra. Pero si la sal se vuelve sosa, ¿con qué la salarán? No sirve más que para tirarla fuera y que la pise la gente.

Vosotros sois la luz del mundo. No se puede ocultar una ciudad puesta en lo alto de un monte.

Tampoco se enciende una lámpara para meterla debajo del celemín, sino para ponerla en el candelero y que alumbre a todos los de casa.

Alumbre así vuestra luz a los hombres, para que vean vuestras buenas obras y den gloria a vuestro Padre que está en el cielo».

3. Oración en silencio

4. Canto

El Señor es mi luz y mi salvación, el Señor es la defensa de mi vida.
Si el Señor es mi luz, ¿a quién temeré, quién me hará temblar?

- 1.- Una cosa pido al Señor, habitar por siempre en su casa;
gozar de la dulzura del Señor contemplando su templo santo.
- 2.- No me escondas tu rostro Señor, buscaré todo el día tu rostro;
si mi padre y mi madre me abandonan el Señor me recogerá.
- 3.- Oh Señor, enséñame el camino, guíame por la senda verdadera;
gozaré de la dicha del Señor en la tierra de la vida.

5. Lectura de un texto del Magisterio de la Iglesia

De la Encíclica del Papa Francisco, *Lumen Fidei* (2-4)

Al hablar de la fe como luz, podemos oír la objeción de muchos contemporáneos nuestros. En la época moderna se ha pensado que esa luz podía bastar para las sociedades antiguas, pero que ya no sirve para los tiempos nuevos, para el hombre adulto, ufano de su razón, ávido de explorar el futuro de una nueva forma. En este sentido, la fe se veía como una luz ilusoria, que impedía al hombre seguir la audacia del saber. El joven Nietzsche invitaba a su hermana Elisabeth a arriesgarse, a «emprender nuevos caminos... con la inseguridad de quien procede autónomamente». Y añadía: «Aquí se dividen los caminos del hombre; si quieres alcanzar paz en el alma y felicidad, cree; pero si quieres ser discípulo de la verdad, indaga». Con lo que creer sería lo contrario de buscar. A partir de aquí, Nietzsche critica al cristianismo por haber rebajado la existencia humana, quitando novedad y aventura a la vida. La fe sería entonces como un espejismo que nos impide avanzar como hombres libres hacia el futuro.

De esta manera, la fe ha acabado por ser asociada a la oscuridad. Se ha pensado poderla conservar, encontrando para ella un ámbito que le permita convivir con la luz de la razón. El espacio de la fe se crearía allí donde la luz de la razón no pudiera llegar, allí donde el hombre ya no pudiera tener certezas. La fe se ha visto así como un salto que damos en el vacío, por falta de luz, movidos por un sentimiento ciego; o como una luz subjetiva, capaz quizá de enardecer el corazón, de dar consuelo privado, pero que no se puede proponer a los demás como luz objetiva y común para alumbrar el camino. Poco a poco, sin embargo, se ha visto que la luz de la razón autónoma no logra iluminar suficientemente el futuro; al final, éste queda en la oscuridad, y deja al hombre con el miedo a lo desconocido. De este modo, el hombre ha renunciado a la búsqueda de una luz grande, de una verdad grande, y se ha contentado con pequeñas luces que alumbran el instante fugaz, pero que son incapaces de abrir el camino. Cuando falta la luz, todo se vuelve confuso, es imposible distinguir el bien del mal, la senda que lleva a la meta de aquella otra que nos hace dar vueltas y vueltas, sin una dirección fija.

Por tanto, es urgente recuperar el carácter luminoso propio de la fe, pues cuando su llama se apaga, todas las otras luces acaban languideciendo. Y es que la característica propia de la luz de la fe es la capacidad de iluminar toda la existencia del hombre. Porque una luz tan potente no puede provenir de nosotros mismos; ha de venir de una fuente más primordial, tiene que venir, en definitiva, de Dios. La fe nace del encuentro con el Dios vivo, que nos llama y nos revela su amor, un amor que nos precede y en el que nos podemos apoyar para estar seguros y construir la vida. Transformados por este amor, recibimos ojos nuevos, experimentamos que en él hay una gran promesa de plenitud y se nos abre la mirada al futuro. La fe, que recibimos de Dios como don sobrenatural, se presenta como luz en el sendero, que orienta nuestro camino en el tiempo. Por una parte, procede del pasado; es la luz de una memoria fundante, la memoria de la vida de Jesús, donde su amor se ha manifestado totalmente fiable, capaz de vencer a la muerte. Pero, al mismo tiempo, como Jesús ha resucitado y nos atrae más allá de la muerte, la fe es luz que viene del futuro, que nos desvela vastos horizontes, y nos lleva más allá de nuestro «yo» aislado, hacia la más amplia comunión. Nos damos cuenta, por tanto, de que la fe no habita en la oscuridad, sino que es luz en nuestras tinieblas. Dante, en la Divina Comedia, después de haber confesado su fe ante san Pedro, la describe como una «chispa, / que se convierte en una llama cada vez más ardiente / y centellea en mí, cual estrella en el cielo». Deseo hablar precisamente de esta luz de la fe para que crezca e ilumine el presente, y llegue a convertirse en estrella que muestre el horizonte de nuestro camino en un tiempo en el que el hombre tiene especialmente necesidad de luz.

6. Oración en silencio

7. Preces

Llenos de confianza en Jesús, que no abandona nunca a los que se acogen a él, invoquémoslo, diciendo:

Escúchanos, Dios nuestro

- Señor Jesucristo, tú que eres nuestra luz, ilumina a tu Iglesia, para que predique a los paganos el gran misterio que veneramos, manifestado en la carne.
- Guarda a los sacerdotes y ministros de la Iglesia, y haz que, después de predicar a los otros, sean hallados fieles, ellos también, en tu servicio.
- Tú que, por tu sangre, diste la paz al mundo, aparta de nosotros el pecado de discordia y el azote de la guerra.
- Ayuda, Señor, a los que uniste con la gracia del matrimonio, para que su unión sea efectivamente signo del misterio de la Iglesia.
- Fortalece con el don de tu Espíritu consolador a los que has llamado a anunciar tu nombre en la Misión Madrid, para que hagan llegar a todos sus amigos y vecinos la alegría de Jesucristo y su evangelio, y encuentren en ello su santificación.
- Concede, por tu misericordia, a todos los difuntos el perdón de sus faltas, para que sean contados entre tus santos.

Padre nuestro

Dios, Padre todopoderoso,
con redoblada súplica te pedimos
que, por tu benigna grandeza, guardes a tus siervos y a tus siervas:
líbralos de los insidiosos ardides del adversario,
defiéndelos, día y noche, para que el astuto enemigo
no los domine ni en el cuerpo ni en el espíritu;

que las preocupaciones materiales no los desvíen,
sino que la luz verdadera de tu Hijo
les mantenga atentos para acoger el resplandor del espíritu.
Gobierna y rige con celestial sosiego a tu Iglesia,
fundamento de la verdad,
para que no sucumba ante las presiones del mundo
ni al escándalo de las divisiones innecesarias.
Haz que quienes ocupan los primeros puestos
estén cimentados en la fe católica,
dedicados de lleno a sus obligaciones,
esclarecidos por su piedad,
sosegados por su paciencia, tranquilos en la paz,
y conserva en el bien a todo el universo.
Por las inefables maravillas de nuestro Dios,
que vive y reina por los siglos de los siglos. Amén.

Al acabar la adoración el sacerdote o diácono se acerca al altar, hace genuflexión sencilla, y se arrodilla a continuación, y se canta un himno u otro canto eucarístico. Mientras tanto el ministro arrodillado incienso al santísimo Sacramento, cuando la exposición tenga lugar con la custodia.

8. Canto eucarístico

Cantemos al Amor de los amores,
cantemos al Señor; Dios está aquí;
venid, adoradores,
adoremos a Cristo Redentor.

Gloria a Cristo Jesús, cielos y tierra,
benedicid al Señor.
Honor y gloria a Ti, rey de la Gloria.
Amor por siempre a Ti, Dios del Amor.

9. Oración

Ilumina, Señor, con la luz de la fe nuestros corazones
y abrázalos con el fuego de la caridad,
para que adoremos con fiadamente
en espíritu y en verdad
a quien reconocemos en este Sacramento
como nuestro Dios y Señor.
Él, que vive y reina por los siglos de los siglos. Amén.

10. Bendición y reserva

Dicha la oración, el sacerdote o diácono, tomando el paño de hombros, hace genuflexión, toma la custodia o copón y hace con él en silencio la señal de la cruz sobre el pueblo.

Acabada la bendición, el mismo sacerdote o diácono que dio la bendición, u otro sacerdote o diácono, reserva el Sacramento en el sagrario y hace genuflexión, mientras el pueblo, si se juzga oportuno, hace alguna aclamación y finalmente el ministro se retira.

11. Aclamación

Laudate omnes gentes, laudate Dominum!
Laudate omnes gentes, laudate Dominum!